

EL CONCEPTO DE GENERACION LITERARIA APLICADO A LA DEL 98

(Cuartillas leídas en el P. E. N. Club, Madrid, en la sesión del
6 de diciembre de 1935)

V OY a exponer el resultado de un curso dado en la Facultad de Filosofía y Letras desde octubre a diciembre de 1934. Los hechos en él presentados son los siguientes: Desde 1908 iba intentando abrirse páso, en España, un concepto general sobre un grupo de escritores, aparecido en los primeros años del siglo XX: Unamuno, Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Benavente, los Machado, etc. Toma este concepto su fórmula de expresión definitiva (aunque ya la palabra «generación» se le haya aplicado antes por Gabriel Maura, imprecisamente) en unos artículos de Azorín, publicados primeramente en *A B C* y recogidos luego en *Clásicos y modernos* (1913), con el título de «La generación del 98». Azorín es, pues, el que lanza a los cuatro vientos esta denominación y el que primero intenta fundamentarla, atribuyéndole unos caracteres de comunidad, tanto en sus orígenes como en su obra. Se inicia una lenta pero continua polémica en torno a este concepto azoriniano: ¿hay o no hay «generación del 98»? ¿Responde este nombre a un complejo espiritual unitario, de realidad histórica, o es pura arbitrariedad que se le ha ocurrido a Azorín? La discusión, naturalmente, ha sido en palenque abierto. A ella han acudido opinantes de las dos bandas. Recordemos entre otros a los señores Salaverría, Corpus Barga, Ricardo Baeza, Salvador de Madariaga, Azaña, Díez-Canedo, R. Baroja, Cansinos - Asséns, Jiménez Caballero y Ma-

rañón. Pero en esta aportación de pareceres se han presentado, también, algunos de los que, al lado del propagador de este nombre, Azorín, fueron protagonistas del movimiento y que, por eso, parecen estar revestidos de una mayor autoridad de juicio. Pío Baroja y Ramiro de Maeztu, en libros y en artículos, han negado la existencia de esa generación, en la que se les colocaba. Tenemos, pues, a individuos que fueron primeras cabezas de ese movimiento literario, Azorín y Baroja, como representantes de las dos actitudes: la afirmativa y la negativa de la existencia de la generación del 98. No hay duda de que los juicios de estos protagonistas del movimiento tienen sumo valor. Cada día encuentro menos admisible ese tipo del artista inconsciente, que no sabe lo que hace; sobre todo, que no sabe lo que quiere hacer. Tanto Azorín y Baroja saben lo que han hecho, tienen plena conciencia de su obra. Pero, entendámonos bien, de su obra. Y la obra de un artista, dentro de un movimiento de generación, por importante que sea, como sucede en este caso, no es más que una fase, uno de los ingredientes que entran en la composición total del complejo histórico. El artista puede muy bien no percibir, justamente por lo inserto que el artista está siempre dentro de su obra, la profunda relación de coetaneidad espiritual con aquellos que trabajan a su lado. El escritor está sumido, o debe estarlo, en el valor absoluto de su obra, y opina desde este nivel; a los demás es a quienes nos corresponde estudiar los valores de relaciones y de confrontación que permitan llegar a conceptos claros sobre movimientos de grupos o de generación. Pues bien; poco más o menos en los años en que esta frase se lanzaba en España, por Azorín, y comenzaba la polémica, se iba desarrollando en la "Ciencia de la Literatura" alemana la noción de generación literaria. Se concibió primero históricamente, en general; luego se aplica a las artes plásticas, a la literatura, y desde Dilthey, en su *Ensayo sobre Novalis* (1865), hasta Jeschke (1935), hay una serie de escritos sobre esta materia, entre los cuales los más aclaratorios son los de Pinder, Wechsler y Petersen, que tratan, más o menos especialmente, sobre lo que sea generación en historia literaria. De modo que nos encontramos con que la denominación que lanzó Azorín, «Generación del 98», usando el vocablo «generación» en sentido genérico, ha pasa-

do ahora, al cobrar ese vocablo un carácter específico, dentro de la historia literaria, a ser una denominación de tipo técnico. Lo que yo quise hacer en mi clase, un poco antes que Jeschke publicara su estudio (que coincide, en buena parte, con mis conclusiones), es ver si aquello que Azorín llamaba «generación», por una buena ventura, por una intuición feliz o por una opinión puramente personal, podía corresponder a lo que llama generación la historiografía literaria alemana. En suma: traer a la polémica capital, si hay o no hay generación del 98, el juicio dirimente que nos proporciona la confrontación de los hechos literarios acaecidos en la España de principios del siglo XX con las características que una generación literaria presenta, según Petersen, en su estudio *Las generaciones literarias*. Examinemos las condiciones necesarias, según este autor, para que pueda darse como existente una generación literaria, lo que él llama sus elementos constitutivos, sin los cuales, o por lo menos sin la mayoría de los cuales, no puede existir.

Es el primero, naturalmente, la coincidencia en nacimiento en el mismo año o en años muy poco distantes. Pinder decía que el ser de un artista consiste en cuándo ha nacido. Los problemas nacen con él, y todo artista está condicionado por ese signo. Esta teoría astrológica de Pinder, apoyada por hechos tan curiosos como el nacimiento, en el mismo año (1564), de Shakespeare, Marlowe y Hardy, del nacimiento, en 1685, de Haendel, Bach y Scarlatti, es modificada y desarrollada por Petersen, diciendo que el valor de la proximidad en los años de nacimiento consiste en que coloca a los individuos a la misma distancia y en el mismo grado, poco más o menos, de receptividad de los acontecimientos vitales. Dicho perogrullescamente: que a todos los individuos nacidos en el mismo año un gran hecho exterior les ocurre a la misma edad. De modo que el artista, más que estar predestinado conforme a la teoría astrológica por su simple nacer, lo está por la situación en que lo coloca su nacer. No hay duda que esa proximidad de nacimiento se da en los hombres del 98.

Otro elemento constituyente indispensable para la existencia de una generación es lo que llama Petersen los elementos formativos. Eso

es: la homogeneidad de educación, en el sentido más lato, de fuerzas concurrentes a la especial modelación mental del individuo, en que se desarrolla un grupo nacido en los mismos años. ¿Se da esto en los hombres del 98? Seguramente, visto desde fuera, no. Los hombres del 98 se forman como Dios les da a entender, sueltos, separados, y tras una ojeada superficial se diría que no hay comunidad de formación, que les falta ese elemento formativo señalado por Petersen. Pero si se aguza la atención caemos en la cuenta de que hay una profunda unidad en el modo como se formaron los espíritus de estos hombres: su coincidencia en el autodidactismo. Todos ellos, grandes lectores (en las obras de Unamuno, de Azorín, de Baroja, de Maeztu, hay testimonios de su avidez por la lectura y de la amplitud con que la satisfacían), se parecen en una cosa: en alejarse de un foco central de cultura, de Universidad, de escuela, etc., que entonces carecía en España de fuerza atractiva y de toda capacidad de formación, y en irse a refugiar en lo que Carlyle llamó la mejor Universidad: una biblioteca. En suma: todos se formaron lo mismo, y no por estar separados y aislados, cada uno en su localidad, puede negarse que falta la unidad tonal formativa de la generación que nosotros vemos en el autodidactismo.

El trato humano, las relaciones personales entre los hombres de la generación, es otro de los elementos que la constituyen, según Petersen. Esto no es posible que se nos niegue hoy, por los hombres del 98, que existió, precisamente cuando más importa, en los momentos germinales y plásticos de la generación, aunque, más tarde, cada cual se haya apartado por su camino solitario. Una larga serie de hechos literarios corroboran, inequívocamente, esa relación personal entre ellos, ese trato, que asume caracteres de comunidad en propósitos y en obras. Recuérdense las tertulias en que se reunían, las redacciones de periódicos en que trabajaron juntos; los hechos, tan significativos como que sea Azorín el que primero alaba una comedia de Benavente, y, sobre todo, su contacto en las revistas. Las revistas son, para mí, uno de los indicios más claros para estudiar en lo vivo la preparación de un nuevo estado espiritual. Si repasamos las que se publicaban en las postrimerías del siglo XIX, y en los primeros años

del XX, nos saltará a la vista un hecho de suma importancia. En *Vida Nueva*, en *La Revista Nueva*, en *La Vida Literaria*, en *Electra*, van apareciendo los nombres de los escritores del 98, formando pequeños grupos. Así, por ejemplo, en *Vida Nueva* colaboraban frecuentemente Unamuno y Maeztu; pero, en cambio, no aparecen los nombres de Azorín ni de Baroja. En *La Revista Nueva*, Baroja está junto a Benavente, a Maeztu, a Unamuno y a Valle-Inclán, así como en *La Vida Literaria*. En ninguna de estas publicaciones nos encontramos el grupo completo, entero, hasta que, en 1903, aparece *Alma Española*. Aquí se nos ofrece completa la nómina de la nueva generación literaria, que se presenta al público en pleno. ¿No podemos deducir de esto que los hombres del 98 han ido aproximándose poco a poco; que, aunque separados, al principio, en grupos o tertulias, llegan a sentir una comunidad de mandato, que se expresa en la publicación de *Alma Española*, donde ya no falta ninguno de ellos? A más de las revistas hay otros hechos, de mucha significación, en que esa comunidad personal se manifiesta, algunos de carácter anecdótico, como la visita a la tumba de Larra, el banquete a Baroja y, sobre todo, el manifiesto contra el homenaje a Echegaray.

Sobre estos factores hay otro, el decisivo e indispensable para poder decir que existe una generación: lo que Petersen llama acontecimiento o experiencia generacional. Es un hecho histórico de tal importancia que, cayendo sobre un grupo humano, opera como un aglutinante y crea un estado de conciencia colectivo, determinando la generación que de él sale. Este acontecimiento generacional puede ser un hecho cultural, como sucedió en el Renacimiento; o un hecho histórico general, como una revolución, una guerra, a lo que Petersen llama acontecimiento catastrófico. Es ocioso preguntarse si esa circunstancia se da en nuestro caso. Precisamente el profundo acierto de Azorín fué el llamar a esta generación «del 98». Cuando Baroja y Maeztu alegan que nada literariamente importante ocurrió dicho año, queriendo deducir de eso la impropiedad de la denominación, nos dan la razón. Porque ningún título más adecuado para una generación que el que se refiera justamente al hecho generacional. Todos entendemos por «el 98» la catástrofe que supuso la derrota de España

y la pérdida de su imperio colonial. No importa, ya lo sabemos, que la idea de la decadencia española sea muy anterior al 98. Lo esencial es que nuestro desastre haya convertido lo que podía tomarse sólo por una idea de intelectuales, o por un presentimiento de pesimistas, en una brutal realidad histórica que gravitó sobre todas las conciencias despiertas y que les hizo agruparse frente al problema esencial de esta generación: España. Porque conviene añadir, aunque sea de paso, que lo que la generación tiene de común es el problema de su tiempo, la demanda y el quehacer de su tiempo. Pero admite, como es natural, la máxima variedad en las soluciones a ese problema. Baroja, a mi juicio, incurre en la confusión entre los conceptos de generación y escuela literaria, al decir que cada uno de aquellos escritores tenía su estilo, como alegato contra la existencia de la generación. Yo diría que las escuelas literarias no son otra cosa sino las distintas soluciones que una generación ofrece a un único problema.

Sigue en Petersen el factor denominado *Führertum*, es decir, caudillaje. No puede asegurarse que entre los hombres del 98 existiera un caudillo nominal y exclusivo. Pero sería difícil negar también que ideológicamente había un guía de esta generación, Nietzsche, y aparte de eso, yo me atrevería a decir que en todo el ambiente, no sólo literario, sino político, de la época se advierte entonces la apetencia del caudillo, que el *führer* está presente precisamente por su ausencia. El «hace falta un hombre, aquí nos hace falta un hombre», va y viene como una nostalgia fanstasmal por los escritos de aquella época.

Indispensable es también, según Petersen, para que exista una generación, que se dé un «lenguaje generacional», entendiendo el lenguaje en su acepción más amplia. Todo el que haya asistido, desde más o menos cerca, a la formación de nuestro espíritu moderno percibirá, sin duda, la realidad de ese lenguaje generacional. Eso es lo primero que el público capta cuando asoma en el horizonte una nueva generación: su modo de hablar, la forma nueva de expresarse. Resulta, paradójicamente, que los primeros que se dieron cuenta de que había una generación del 98 fueron los que caricaturizaban aquel lenguaje tan moderno o se burlaban de él, y que, precisamente por sen-

tírsele tan moderno, se llamó *modernista*. Creo que el concepto del lenguaje generacional es de sumo valor para nuestra historia literaria. Se ha intentado dar como denominación equivalente a la generación del 98 la del modernismo. Me parece erróneo: el modernismo, a mi entender, no es otra cosa que el lenguaje generacional del 98. Así se justifica su origen americano y su gran desarrollo en aquel continente. Hasta allí no podía pasar el complejo entero de nuestro gran movimiento, profunda y enraizadamente hispánico, pero sí su forma expresiva, mejor dicho, una de sus formas expresivas, lo modernista.

Por último, cita Petersen lo que denomina el anquilosamiento o parálisis de la generación anterior. No se puede tratar tan de prisa un tema delicado. Basta decir que abundan los testimonios de que en los primeros años del siglo XX la fuerza operante de la anterior generación literaria, la realista, carecía de todo imperio y crédito sobre las conciencias nuevas y, además, era incapaz de creaciones renovadoras. Galdós, la Pardo Bazán, Alas, en el final de su carrera se sienten ya a disgusto ellos mismos en el realismo y ensayan formas de novela espiritualista en pugna con él. Con eso explicaríamos también la justa injusticia cometida con Blasco Ibáñez, realista rezagado y por eso no comprendido en su valor por la nueva generación. En los primeros escritos de los hombres del 98 menudean los juicios de disentimiento y de franco ataque con las glorias de la generación pasada. Ya sé que mucho más tarde algunos escritores del 98, por ejemplo Azorín, han rectificado esta actitud, pero eso no invalida la fuerza de aquellos ataques como testimonio espontáneo del estado de conciencia de aquellos primeros años. Los jóvenes de entonces creían firmemente que el arte inmediatamente anterior estaba anquilosado, es más, que la enfermedad de la España en que habían nacido era una terrible parálisis.

Esta es, expuesta con brevedad, acaso con algún error y muy necesitada de aclaraciones, la resultante de confrontar los comienzos literarios de nuestro siglo XX con la teoría de generación literaria elaborada en Alemania. Para mí la consecuencia no ofrece duda: hay una generación del 98. En ese grupo de escritores, los elementos exigidos por Petersen como indispensables para que exista una generación

se encuentran casi sin falta. Y al ir comparando los hechos con la doctrina, vemos acusarse sin vacilación ninguna entre aquellos principios de siglo los perfiles exactos de un nuevo complejo espiritual perfectamente unitario que irrumpía en la vida española: la generación del 98.

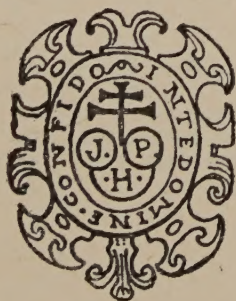
CLASICOS Y MODERNOS
CREACION Y CRITICA LITERARIA

1

PEDRO SALINAS

LITERATURA
ESPAÑOLA
SIGLO XX

SEGUNDA EDICION
AUMENTADA



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO
MEXICO

1949